

PROBLEMAS CON LA DEFINICION DE SITIO ARQUEOLOGICO

José Berenguer R.

Probablemente no existe un texto introductorio a la arqueología que no reconozca explícitamente la importancia del sitio arqueológico como documento base. Curiosamente, pocos de esos textos incluyen lo que podríamos considerar propiamente una definición de "sitio". Cuatro recientes manuales de arqueología de campo (Webster 1974; Hester et.al. 1975; Barker 1977; Joukowsky 1980) soslayan el punto, ocupándose más bien de describir sin mucho detalle los procesos que participan en su formación, y otros dos (Hole y Heizer 1969; Smith 1976) ofrecen definiciones poco satisfactorias.

Desde la definición acuñada por G.R. Willey y Ph. Phillips (1958), el asunto ha sido abordado por conductos más especializados. Es el caso de los análisis espaciales (Clarke 1977), el site catchment analysis (Higgs y Vita-Finzi 1972; Roper 1979) y, sobre todo, la metodología de la prospección arqueológica (inter al. Plog y Hill 1971; Schiffer et.al. 1978; Plog et.al. 1978). Sin embargo, la mayoría de estas definiciones son puramente descriptivas, es decir, son definiciones que en su enunciado no especifican ninguna operación por la cual se pueda proceder a su contrastación objetiva (1). La operacionalización del concepto de "sitio" es un imperativo que guarda una estrecha relación con el papel central que éste desempeña en el trabajo de campo.

Uno de los aspectos positivos de la marea reformista levantada por la "New Archaeology", es que actualmente los arqueólogos hacen de la precisión de sus términos una cuestión de principios. Esta precisión terminológica, desde luego, no es para satisfacer una aspiración meramente intelectual, sino también práctica. Cuando se discute, por ejemplo, la metodología de la prospección metodológica, el debate profesional suele centrarse en la pregunta "When do you call a site a site?" (Chapman et.al.

1977:173). Como lo hizo notar Michael B. Schiffer en la discusión que si guió a esta ponencia, el uso de diferentes definiciones de sitio dificul ta -y la mayoría de las veces impide- la comparación entre dos o más prospecciones e influye negativamente en las interpretaciones que se ha- cen posteriormente.

Los problemas de los arqueólogos con la definición de sitio, quedaron bien reflejados en el debate sobre esta ponencia. Ana María Barón propi- ció la idea que tal definición debe supeditarse a los objetivos de cada investigación; Michael Schiffer sugirió que la definición de sitio debe adaptarse a las características regionales del registro arqueológico y planteó, además, su impresión de que idear una definición operacional válida en cualquier parte del mundo, es tarea imposible: Mauricio Masso- ne propuso que para un sitio arqueológico sea considerado como tal, debe contener al menos una asociación cultural; Luis Cornejo sostuvo que pue- den darse muchos casos en que se depositen restos de actividad humana en un lugar sin que exista propiamente una ocupación, y por lo tanto, un si tio; y Francisco Gallardo presentó el caso hipotético en que el conteni- do de un sitio es desplazado de su lugar por algún evento post ocupacio- nal, preguntando si al haber perdido su locus de ocupación original, los materiales son o no constitutivos de un sitio arqueológico. Muchos de es tos planteamientos han sido contestados en la presente comunicación.

La idea básica en este artículo es que el sitio arqueológico no es una categoría analítica, sino empírica y que, por lo tanto, la noción de si- tio es parte de una familia de conceptos que pertenece a la más temprana de las fases de la investigación arqueológica: la de observación y compa- ración (2). Se sigue de esto que los conceptos propios de las fases si- guientes en la investigación (de análisis/descripción, de comparación/ex- perimentación y de interpretación/generalización), no pueden ser emplea- dos para definir una unidad observacional como es el sitio arqueológico.

En este artículo se discuten algunas definiciones de sitio, tanto descrip- tivas como operacionales, y se propone una definición sistemática y ope- racional que, por supuesto, es más una propuesta preliminar que definiti- va. Corresponderá a los propios arqueólogos perfeccionarla o sustituirla

por otra mejor.

LA DEFINICION DE WILLEY Y PHILLIPS

No cabe duda que la definición de sitio arqueológico que mayor difusión ha tenido, es la que entregaran G.R. Willey y Ph. Phillips hace más de un cuarto de siglo. De ella nos ocuparemos con especial atención, únicamente como una manera de orientar la discusión.

En el capítulo sobre las unidades conceptuales de la arqueología, los autores establecen una serie de categorías geográficas o divisiones espaciales, jerarquizadas en función de su tamaño relativo y su posible contenido sociodemográfico (sociedad, tribu, comunidad, etc.). De mayor a menor, las unidades espaciales son: área, región, localidad y sitio. El sitio es definido como sigue:

A site is the smallest unit of space dealt with by archaeologist and the most difficult to define. Its physical limits, which may vary from a few square yards to as many square miles, are often impossible to fix. About the only requirement ordinarily demanded of the site is that it be fairly continuously covered by remains of former occupation, and the general idea is that these pertain to a single unit of settlement, which may be any thing from a small camp to a large city. Upon excavation, of course, it rarely turns out to be that simple. The site is the basic unit for stratigraphic studies; it is an almost certain assumption that cultural changes here can only be the result of the passage of time. It is in effect the minimum operational unit of geographical space (Willey y Phillips 1958: 18).

Unidades Analíticas y Unidades Observacionales

Hay al menos tres puntos que discutir en esta definición. En primer lugar el sitio arqueológico no es una división espacial equivalente o de un rol similar al área, región y localidad arqueológicas, como piensan los autores. Pertenecen estos últimos a una familia de conceptos que no se halla sistemáticamente relacionada con el concepto de sitio arqueológico, ya que son categorías propias del nivel analítico/descriptivo dentro de la organización del proceso científico en la arqueología. Se trata más bien de invenciones analíticas, es decir, artificios o instrumentos crea

dos por los arqueólogos o clasificaciones areales arbitrarias, cuyos límites son definidos por los investigadores con el propósito de estudiar fenómenos dentro de ellas.

La idea de sitio arqueológico, en cambio, opera en un nivel más temprano del proceso científico, el observacional. El sitio es una unidad empírica (cf. Chang 1976: 27), una unidad natural (Schiffer et.al. 1978: 42) o, mejor aún, una unidad observacional (Schiffer 1976: 56), debido a su carácter físicamente observable y debido también a su singularidad, ya que cada sitio es único, diferenciado por sus propios materiales y por una situación particular con respecto a cualquier otro sitio del planeta (cf. Chang 1976: 51). Son unidades observacionales todas aquellas unidades espaciales y materiales culturales, reconocibles en el registro arqueológico por sus atributos formales, espaciales, cuantitativos y relacionales. En suma, el sitio, a diferencia del área, región y localidad, tiene una existencia independiente del arqueólogo.

Bidimensionalidad y Tridimensionalidad

En segundo lugar, se aprecia en la definición un concepto bidimensional del sitio arqueológico. Esto se infiere de la frase "cubierto por restos" (en lugar de "compuesto por restos") cuando se refieren a la cuestión de los límites físicos del sitio. Es cierto que hay sitios que, por diferentes causas, no tienen tres dimensiones, pero la bidimensionalidad es más la excepción que la regla.

Es probable que esta concepción "plana" de los sitios arqueológicos provenga de la manera limitada de mirar los hechos en el espacio, impuesta por la cartografía. Thor Hagerstrand (1975: 109) ha señalado que el peligro del mapa reside, precisamente, en la influencia que puede ejercer en la forma como lleguemos a ver la relación que media entre sus convenciones cartográficas y los fenómenos del mundo real. Aunque parezca obvio decirlo: el sitio arqueológico no es un área, sino un volumen.

Vaguedad y Precisión

En tercer lugar, puede hacerse a esta definición el cargo de vaguedad. La definición de sitio de los autores se encuentra en la primera parte del libro, justamente donde se pretende entregar bases operacionales para la arqueología. Sin embargo, la definición lo es todo menos operacional. Por ejemplo, no se ofrece ningún criterio para establecer empíricamente qué se considera "completa y continuamente cubierto por restos de una ocupación humana". Si nos ajustáramos a la letra, tendríamos que excluir de la condición de sitio arqueológico a todos aquellos lugares que no estén literalmente tapizados de restos, circunstancia que es el caso de un gran número de lugares usualmente referidos como "sitios". Como sabemos que éste no es -ni puede ser- el verdadero espíritu de la definición, entendemos que a ésta le faltan precisiones que la hagan operacional.

DEFINICIONES DESCRIPTIVAS

Hace unos años, un arqueólogo abordó el problema diciendo que, en términos simples y quizás en un más profundo sentido, un sitio puede ser definido como aquel lugar donde los arqueólogos hacen excavaciones (Deetz 1967). La definición parece tan simple como si definiéramos a un paciente en un quirófano, como aquel individuo en el cual los médicos cirujanos hacen operaciones quirúrgicas. Pero en realidad es lo suficientemente aguda como para indicar en dos palabras cuán difícil es definir un si tio arqueológico.

Seguramente no es por casualidad que muchos de los manuales de arqueología eluden una definición, sobre todo teniendo en cuenta que el objetivo de estos manuales es entregar información práctica. Por otra parte, los intentos más especializados no impresionan precisamente por su imaginación y sistematizadores brillantes como Binford, Clarke y Schiffer ofrecen definiciones increíblemente pobres. En el cuadro 1, mostramos una lista no exhaustiva de definiciones de sitio arqueológico.

Reuniendo las ideas más recurrentes en los enunciados, tendríamos que un sitio es un lugar (locus geográfico: punto específico del paisaje; cual

CUADRO 1

A site is a spatial cluster of cultural feature or items, or both (binford 1964: 431).

... sites are the result of cultural activities performed by social units within restricted spatial bounds... (Ibid: 432).

[A site is] a spatial concentration of material evidence of human activity (Deetz 1957: 11).

We shall define a site as a place where there is a deposit or set of deposit which contain evidence of human activity (Higgs y Vita-Finzi 1972: 28).

Normally sites are regarded as place where people did things in the past that resulted in the deposit of material remains on or in the ground (Hole y Heizer 1969: 111-112).

[Site is] any area with observable evidence of past cultural behavior (House y Schiffer 1975: 47).

The basic spatial unit investigated by the archaeologist is the archaeological site. A site may be clearly defined and very small, only a few square yards, or it may have obscure boundaries and extend several hundreds of yards. Generally speaking, we will designate a particular point on the landscape as a site if it has any superficial indication of past human activity. By this we mean the appearance of artifacts on the ground surface, eroding from a road or river cut, alteration of the ground surface such as might occur if prehistoric housing structures or irrigation ditches are or were present. Such indications would be sufficient for the archaeologist to apply the term site to a given topographic point. In fact, the appearance of only one artifact is sufficient to designate a specific geographic point as an archaeological site (Smith 1976: 85).

Sites are generally defined as relatively high density clusters of architectural and/or artifactual remains occurring within definable spatial limits, which are presumed to represent loci of high intensity or long duration of human activities (Chapman et. al. 1977: 173).

A site is a geographical locus which contained an articulated set of human activities or their consequences and often an associated set of structures...(Clarke 1977:11).

...sites are nothing but deposits of material remains in the environment that archaeologists recognize as being potentially informative about past cultural behavior and organization (Sullivan y Schiffer 1977: 169).

Any site may be conceived of as spatial locus containing a sample of the society's total repertoire of activities (Yellen 1977: 135).

High density areas of artifacts are usually called 'sites' (Schiffer et.al.1978:2)

The occurrence of artifacts in a study area customarily are thought to cluster in natural observation units called 'sites' (Ibid: 14).

quier área) en donde hay un depósito o un conjunto de depósitos, que con tiene una concentración (agrupamiento; alta densidad) espacialmente limi tada de evidencia material (rasgos culturales, items culturales o ambos; restos materiales; artefactos) de actividad humana (actividad cultural; cosas que hizo la gente; muestra del repertorio total de actividades de la sociedad). Algunas definiciones especifican que el contenido del si tio es el resultado de la actividad humana realizada en el pasado y otras no; una de ellas precisa que el sitio es la unidad espacial básica de la arqueología y otra, que el sitio es una unidad de observación natu ral.

Sin embargo, todas las definiciones -incluyendo por supuesto, la que es una síntesis del total- son definiciones descriptivas (en el sentido se ñalado en el comienzo de este trabajo) y no pretenden ser otra cosa. No hay, en efecto, la menor intención de operacionalizar el concepto de si tio.

DEFINICIONES OPERACIONALES

En la década pasada se intentó operacionalizar el concepto de sitio en función de criterios arbitrarios, tales como la densidad de artefactos:

[We have] defined a site as 'any locus of cultural material, artifacts or facilities' with an artifact density of at least 5 artifacts per square meter (Plog et.al. 1978:387).

[Sites are areas that contains at least] "3 or more specimens of prehistoric cultural material such as potsherds or chert and quartzite flakes" (Price et.al. 1975: 79; citado por Klingner 1976).

Sin embargo, estos intentos parecen no haber sido demasiado exitosos (Schiffer et.al. 1978: 14; Plog et.al. (Idem)) reconocen que la densidad de 5 o más artefactos por metro cuadrado, es más la excepción que la regla. Por ejemplo, en una región de los EE.UU. las densidades de los si tios oscilan entre 0,004 y los 0,95 artefactos por metro cuadrado. En par te de su discusión, los autores concluyen que la definición de sitio en

función de un límite espacial fijado por la densidad de artefactos es problemática, pero de ninguna manera absurda. Admiten, no obstante, que tal definición no podrá ser nunca completamente absoluta, y ensayan una nueva:

A site is a discrete and potentially interpretable locus of cultural materials. By discrete, we mean spatially bounded with those boundaries marked by at least relative changes in artifacts densities. By interpretable we mean that materials of sufficiently great quality and quantity are present for at least attempting an usually sustaining inferences about the behavior occurring at the locus (Plog et.al. 1978: 389).

Hay aspectos interesantes en esta definición. Como por ejemplo, la idea de límites espaciales en función de cambios relativos en la densidad de los artefactos. Pero uno se pregunta si el concepto de "potencialmente interpretable" no es acaso excesivamente contingente. ¿Quién asegura que aquello que hoy se considera un "locus potencialmente no interpretable", llegue a ser mañana -con el adelanto de la disciplina- algo potencialmente sí interpretable?.

Por vía de ejemplo: hace unos 40 años, o tal vez más, un "locus que careciera de materiales en la calidad y cantidad suficientes como para ensayar, al menos, una inferencia bien fundamentada sobre la conducta ocurrida allí", pero en lugar de eso sus contextos presentarían fecas humanas, habría sido considerado - de acuerdo a Plog y sus colegas- un "locus potencialmente no interpretable" y, por lo tanto, no habría sido evaluado como un sitio arqueológico. Actualmente, los análisis de excrementos humanos ofrecen una información por lo general tan rica, que permiten hacer inferencias sobre una variedad de hechos relevantes para la arqueología, tales como dieta alimenticia, presencia de patologías intestinales, movilidad de grupos, etc.. Es decir, según la definición que discutimos, hace 40 años (o más) el locus del ejemplo no habría sido considerado un sitio, pero actualmente sí.

Esto es una prueba de lo contingente o impermanente que resulta el concepto de "potencialmente interpretable" y es clara la inconveniencia de

su uso en una definición de sitio arqueológico.

OCUPACIONES HUMANAS Y OCUPACIONES FOSILES

Tal como se desprende de esta rápida revisión, no es fácil idear una definición operacional de sitio arqueológico. Por esta razón comienza a ganar adeptos la opinión de que semejante definición es virtualmente imposible, sobre todo teniendo en cuenta la extraordinaria variedad de lo que en la práctica comúnmente se concibe como sitio arqueológico. Quizá esta misma dificultad haga pensar, por una parte, que no hay un sentido específico que pueda ser abarcado por una definición en particular y, por otra, que una definición lo suficientemente amplia como para cubrir todos los casos, terminaría siendo tan vaga que cualquier cosa podría ser un sitio arqueológico.

Es preferible, sin embargo, pensar en términos más optimistas: a nuestro modo de ver, el que una determinada realidad arqueológica sea hoy refractaria a una definición, no es más que el reflejo del nivel alcanzado hasta este momento por nuestra disciplina. De otro modo, muchos fenómenos celestes observados en una época temprana de la astronomía nunca habrían podido ser definidos.

Es evidente que el tamaño y la forma de las concentraciones de materiales culturales son tan variables como las actividades humanas específicas que les dieron origen y, ciertamente, hay una diversidad prácticamente infinita de actividades susceptibles de realizar por el ser humano dentro del espacio y a lo largo del tiempo. El tamaño de un sitio arqueológico abstracto es imposible de fijar en términos generales y todas las definiciones que hemos citados hacen justicia -tácitamente o no- a esta circunstancia. Varía de unas pocas yardas a muchas millas cuadradas, dicen Willey y Phillips (1958) y agregan: puede ser un pequeño campamento o una gran ciudad. Esto es porque el sitio carece de una escala determinada que sea independiente de las situaciones particulares que concurrieron en su formación. No hay manera, entonces, de que el tamaño pueda ser incluido en la definición de un sitio abstracto, a menos que sea -claro está- para subrayar la falta de una escala precisa. Algo similar ocurre

con la forma. Esta también es una función directa de las situaciones que formaron el sitio y probablemente la única manera de referirse a ella en términos generales, sea decir que el sitio arqueológico afecta la forma de un "poliedro de lados irregulares". Lo cual, por cierto, tampoco es decir mucho... Si a todo esto agregamos los procesos naturales que participan en la formación de un sitio (Schiffer 1976), habría que convenir que su potencial de variabilidad es enorme.

Hay un hecho, sin embargo, respecto del cual pocos arqueólogos estarán en desacuerdo: los sitios arqueológicos son el resultado primario de la ocupación humana. El primer acto del hombre en un lugar es ocuparlo. Por eso, la noción de ocupación humana es central en una definición de sitio arqueológico. Obviamente, lo que yace en un sitio son ocupaciones fósiles, es decir, evidencias materiales de ellas o, lo que es lo mismo, elementos arqueológicos (artefactos, ecofactos, rasgos positivos y rasgos negativos) (3). Es necesario, no obstante, hacer notar aquí que, si bien toda ocupación humana produce un efecto material -por mínimo que sea- sobre el espacio ocupado, no toda ocupación deja restos susceptibles de observar por un arqueólogo, ya sea porque la disciplina aún no ha desarrollado técnicas de observación suficientemente precisas, o bien, porque definitivamente tales indicios han desaparecido. A la inversa, todo resto de actividad humana es el producto de al menos un acto de ocupación en el pasado. También es necesario recalcar que la ocupación humana así considerada, no implica ningún contenido sociodemográfico (unidad social), extensión (consumo de espacio) ni duración (consumo de tiempo) preestablecidos.

Naturalmente, una ocupación fósil no es equivalente uno a uno a una ocupación humana:

A site at the moment of excavation is already a long way removed from its state at the time of occupation. If Z is the total material culture of a particular site in its latest phase of occupation, Y is what this is reduced to on abandonment after removal of whatever the inhabitants take with them. This is then further reduced to X by material being removed or damage done by passers-by or by subsequent occupation of the site, and

by decay -a process which gets slower as the site is gradually silted up and grassed over. X is then the total amount of material and data in the ground when the archaeologist arrives. The amount of X recoverable depends on the skill and resources of the archaeologist, who recovers a variable amount of information W. The aim of archaeologist is to bring W nearer to X and to seek to understand X in terms of Z (Hirst 1976: 14).

Hay sin duda procesos sustractivos y aditivos post ocupacionales que operan sobre los elementos arqueológicos, modificando sus propiedades formales, espaciales, relacionales y cuantitativas, de manera que una ocupación fósil es siempre un residuo.

Estos procesos convierten a algunos lugares en verdaderos palimpsestos (cf. Baeker 1977: 127). Como entidades consumidoras de espacio y de tiempo, las ocupaciones fósiles son sistemas usualmente abiertos, expuestos a sufrir distorsiones extremadamente complejas. Por eso la comparación del registro arqueológico con un palimpsesto es casi más literal que metafórica. Generalmente, en lugar de cubrir el registro arqueológico, las nuevas ocupaciones suelen borrarlo parcialmente y muchas veces el arqueólogo debe conformarse con un pálido reflejo de lo que alguna vez fue una ocupación humana. La agricultura, el proceso de expansión urbana, la extracción de áridos, la instalación de ductos, la construcción de represas y caminos, las faenas mineras, la reutilización de materiales para construcciones modernas, el saqueo y, por cierto, las propias excavaciones arqueológicas, son todas perturbaciones de origen antrópico que modifican radicalmente las propiedades del registro arqueológico.

Por todas estas razones no hay nada menos estático que un sitio arqueológico. Desde sus antecedentes ocupacionales hasta que los excava el arqueólogo, los elementos arqueológicos que componen un sitio se encuentran en permanente interacción con diferentes factores del medio ambiente, particularmente el clima, el suelo, el relieve y los organismos (incluyendo al hombre). La imagen de los sitios como algo estático es sólo una idealización, producto quizás del pensamiento desiderativo de los arqueólogos, quienes quisieran llegar al "lugar de los hechos" como los detectives al "lugar del crimen": esto es, antes que nada ni nadie modifi-

que la estructura original del sitio. Desgraciadamente, tal deseo es por definición imposible. Los procesos post ocupacionales fatalmente implicarán perturbaciones de las ocupaciones fósiles, y este solo hecho supone un amplio margen de variabilidad formal, espacial, relacional y cuantitativa para todo aquello que pueda considerarse un resto de ocupación humana.

Una idea que es imprescindible incluir en una definición operacional de sitio arqueológico, es que los restos de ocupación pueden no estar visibles, pero sí observables. Un arqueólogo sostuvo no hace mucho que los sitios enterrados bajo depósitos de loess, arena u otros sedimentos no existen para todos los intentos y propósitos, puesto que son arqueológicamente "invisibles" (Strauss 1979: 332). Aparte del error típicamente idealista de creer que lo que no se puede ver no existe (Bate 1981), está el hecho de que los fenómenos remotos -en este caso el registro arqueológico no visible- pueden ser observables mediante sensores. Los sitios arqueológicos, como cualquier fenómeno, presentan eventualmente planos de exposición para un observador.

Otra idea que nos parece importante incluir en una definición de sitio, es la de contorno. Los sitios son entidades discretas, tienen límites verticales y horizontales. El punto es: ¿cuál es el criterio operacional para establecer el contorno de sus planos de exposición?. Desde ya, fijar un "número mágico" (Kliger 1976: 54) de al menos tres especímenes de material cultural prehistórico o de cinco artefactos, como se dice en algunas definiciones citadas, nos parece ridículo. Pero la densidad de material cultural sí nos parece un criterio válido: el sitio termina allí donde la densidad de elementos arqueológicos es mínima; en otras palabras, el contorno del sitio puede definirse en términos del concepto de "suelo estéril" (Chartkoff 1978).

UNA DEFINICION OPERACIONAL

Sobre la base de los planteamientos hechos en la sección anterior y de los términos definidos más abajo, entendemos por "sitio arqueológico" un

lugar que contiene restos de una o más ocupaciones humanas observables en un plano de exposición cualquiera y cuyo contorno se define en función del concepto de suelo estéril.

En donde:

Un lugar es un área específica del espacio cuyo centro posee latitud, longitud y altitud conocidas.

Un resto de ocupación es cualquier indicio material de ocupación dejado por homínidos en el pasado, que actualmente se encuentra en "contexto arqueológico". (4).

Un plano de exposición es cualquier superficie horizontal, vertical u oblicua, visible o no visible, susceptible de observar con medios remotos o no remotos.

El contorno es la línea limítrofe de un lugar que une los puntos con la menor densidad de elementos arqueológicos observables y es siempre una hipótesis testeable mediante excavaciones posteriores.

El suelo estéril es aquella porción de espacio cuya densidad de elementos arqueológicos es igual a cero.

La densidad de elementos arqueológicos es el número de estos elementos por unidad de superficie.

Lógicamente, esta definición trae aparejada la idea -resistida por muchos arqueólogos- de que basta que en el espacio haya un solo elemento arqueológico, para que el lugar sea considerado ipso facto un sitio arqueológico. Nuestra posición al respecto es que es irrelevante para su definición que el sitio contenga un único elemento o varios. La pobreza o riqueza relativa de elementos arqueológicos no puede ser un criterio para definir un lugar como "sitio", del mismo modo que sitios pobres en mineral de cobre o con un solo hueso de mastodonte, no dejan de ser por

ello, respectivamente, un sitio minero y un sitio paleontológico. Su evaluación como recurso para la arqueología o para el manejo de recursos culturales es lateral al problema de la definición de sitio: al igual que en el caso de los sitios minero y paleontológico, su pobreza o riqueza relativas sólo sirve para establecer si se trata de un sitio arqueológico cualquiera o de un verdadero yacimiento arqueológico. Es claro, entonces, que ésta última es una noción puramente evaluativa que, si bien puede usarse en una investigación, no es esencial para definir un sitio arqueológico como tal. Para los efectos prácticos de una prospección arqueológica, dependerá de los objetivos específicos de cada investigación el que los arqueólogos decidan incluir en (o dejar fuera de) su catastro, sitios pobres en elementos arqueológicos.

También es irrelevante para una definición de sitio las circunstancias experimentadas por su contenido, incluyendo un desplazamiento total o parcial desde el lugar de origen (un sitio paleontológico, por ejemplo, no pierde su calidad de tal al ser desplazado por un deslizamiento de tierra; tan sólo ofrece una información más pobre). Hay que recordar, al respecto, que si bien las causas que produjeron un sitio yacen en el pasado, las observaciones que hagamos -incluyendo la identificación de un sitio arqueológico- se refieren al presente (cf. Sullivan 1978: 185). Así el sitio arqueológico es un fenómeno actual y sus modificaciones post ocupacionales también son laterales al problema de la definición de sitio. Por otra parte, es interesante la idea de que un lugar, para que sea considerado un sitio arqueológico, debe contener al menos una asociación cultural (entendemos que la asociación mínima que puede darse compromete a dos elementos arqueológicos). En un comienzo nos vimos tentados a incorporar esta idea en nuestra definición, tomando en cuenta el papel central que Luis G. Lumbreras (1982: 3) atribuye al principio de asociación en el quehacer arqueológico. Pronto, sin embargo, reparamos en dos problemas: 1) un elemento arqueológico aislado puede carecer de asociaciones en una escala "micro", pero tenerlas en una "macro", por lo tanto, en un ámbito local no sería un sitio lo que en un ámbito regional sí lo sería; y 2) la asociación cultural es una categoría analítica, no observacional, de manera que si somos consecuentes con nuestra propia crítica,

no podemos emplearla en una fase tan temprana de la investigación arqueológica.

Digamos para finalizar que, independiente del contexto en que se dé el debate profesional en torno a qué cosa es un sitio arqueológico, hay un hecho que es incuestionable: no hay dos opiniones iguales, y eso ya justifica los intentos hechos aquí por aunar criterios. En todo caso, al juzgar la definición operacional que hemos propuesto, hay que recordar que a este género de definiciones no cabe evaluarlas como buenas o malas. Parafraseando a P. Hagget (1975: 349): las definiciones son para usarlas, no para creer en ellas ...

NOTAS

- (1) Una definición operacional, en cambio, invoca un determinado procedimiento que "pueda ser llevado a cabo de un modo inequívoco por cualquier observador competente, y que el resultado pueda ser comprobado objetivamente y no dependa esencialmente de la persona que lleva a cabo la contrastación" (Hempel 1973: 132-133).
- (2) "... unlike population aggregates, sites are observable and not inferred entities. To assume that sites represent, ipso facto, population aggregates is not tenable for several reasons. First, prehistoric peoples most likely did not locate "sites" anywhere. However, they did establish, occupy, and abandon behaviorally significant spaces, such as activity areas, camps, and settlements. Second, sites are no thing but deposits of material remains in the environment that archaeologists recognize as being potentially informative about past cultural behavior and organization. And third, owing to secondary deposition, multiple occupations, and other formation processes, sites usually are not equivalent on a one-to-one basis to camps, settlements, or population aggregates" (sullivan y Schiffer 1976: 169).
- (3) Los artefactos son elementos arqueológicos mobiliarios cuyas propiedades formales son, al menos parcialmente, el resultado de la actividad cultural. Los ecofactos son elementos arqueológicos mobiliarios y culturalmente relevantes, cuyas propiedades formales son, al menos parcialmente, el resultado de la actividad natural, aunque las causas de su presencia en un lugar obedecen a la actividad cultural (cf. Binford 1964: 432). Los rasgos son elementos inmobiliarios de origen cultural, que aparecen como anomalías en la superficie del terreno, ya sea positivas (levantamientos sobre el nivel general del suelo) o negativas (profundizaciones bajo ese nivel). Los restos de ocupación por lo tanto, al estar compuestos por unidades observables como los elementos arqueológicos, no son entidades inferidas, sino empíricas o naturales.

- (4) Un indicio de ocupación humana se encuentra en "contexto arqueológico", cuando ya no está siendo operado por una sociedad viva o en funcionamiento (cf. Schiffer 1976).

REFERENCIAS

- Barker, Ph.
1977 The Techniques of Archaeological Excavations . B.T. Batsford Ltd., London
- Bate, L.F.
1981 "Relación general entre teoría y método en arqueología". Boletín de Antropología Americana (4): 7-54. INAH, México D.F.
- Binford, L.R.
1964 "A consideration of archaeological research design". American Antiquity 29 (4): 425-441
- Clarke, D.L.
1977 Spatial Analysis. Academic Press, Inc., London & New York.
- Chang, K.C.
1976 Nuevas Perspectivas en Arqueología . Alianza Editorial, S.A. Madrid.
- Chapman, R.C. et al.
1977 "Survey of Cochiti Reservoir: methodology". Archaeological Investigations in Cochiti Reservoir, New Mexico. vol 1:173-200. J.V. Biella and Chapman (Eds.). Albuquerque.
- Chartkoff, V.L.
1978 "Transect interval sampling in forest". American Antiquity 43 (2): 46-53.
- Deetz, J.
1967 Invitation to Archaeology. American Museum Science Books, Garden City.
- Hagerstrand, T.
1975 "El terreno propio de la Geografía Humana". Nuevas Tendencias en Geografía: 103- 135. R.J. Chorley (Ed.), Col. Nuevo Urbanismo. Madrid.
- Hagget, P.
1975 "La predicción de futuros alternativos en los aspectos espacial, ecológico y regional: problemas y posibilidades." Nuevas Tendencias en Geografía: 323-350. R.J. Chorley (Ed.) Col. Nuevo Urbanismo. Madrid.
- Hempel, C.G.
1973 Filosofía de la Ciencia Natural. Alianza Editorial, S.A. Madrid.
- Hester, T. et al.
1975 Field Methods in Archaeology. Mayfield Publishing Co., 6th Ed.. Palo Alto.

- Higgs, E.S. y C. Vita-Finzi
1972 "Prehistoric economies: a territorial approach". Papers in Economic Prehistory: 27- 36. E.S.Higgs (Ed.). Cambridge University Press.
- Hirst, S.
1976 "Recording on Excavations. I: The written record". Rescue (7). London
- Hole, F. y R. Heizer
1969 An Introduction to Prehistoric Archaeology. 2nd. ed., Holt, Rinehart and Winston, Inc., New York.
- House, J.H. y M.B. Schiffer
1975 "Archaeological survey in the Cache River Basin". The Cache River Archaeological Project: An Experiment in Contract Archaeology. M.B. Schiffer y J.H. House (Eds.), Arkansas Archaeological Survey, reserach Series 8.
- Joukowsky, M.
1980 Field Archaeology. Prentice- Hall, Inc., New Jersey.-
- Klinger, T.C.
1976 "The problem of site definition in cultural resource management". Arkansas Academy of Science Proceedings (30): 54-56.
- Lumbreras, L.G.
1982 "La arqueología científico social: 3 principios, 3 criterios, 3 factores. Gaceta Arqueológica Andina 1 (4-5): 3 y 10 . INDEA, Lima.
- Plog, F. Y J. Hill
1971 "Explaining variability in the distribution of sites". Prescott College, Anthropological Papers (8): 7-36.
- Plog, S. et.al.
1978 "Decision making in modern survey". Advances in Archaeological Method and Theory. vol.1: 383-421. M.C. Schiffer (Ed.) Academic Press, Inc., New York.
- Roper, D.C.
1979 "The method and theory of site catchment analysis: a review. Advances in Archaeological Method and Theory. vol.2: 120-141. M.B.Schiffer (Ed.).Academic Press,Inc.,New York.
- Schiffer, M.B.
1976 Behavioral Arcaheology. Academic Press, Inc.,New York.
- Schiffer, M.B. et al.
1978 "The design of archaeological survey". World Archaeology 10 (1): 29-54.
- Smith, J.W.
1976 Foundations of Archaeology. Glencoe Press. London
- Strauss, L.G.
1979 "Caves: a paleoanthropological resource". World Archaeology 10 (3): 331-339.

- Sullivan, A.P.
1978 "Inference and evidence in archaeology: a discussion of the conceptual problems". Advances in Archaeological Method and Theory. vol.1: 183- 222. M.B.Schiffer (Ed.). Academic Press, Inc., New York.
- Sullivan, A.P. y M.B. Schiffer
1978 "A critical examination of SARG". Investigations of the Southwestern Anthropological Research Group.MNA Bull (50): 168- 176. Euler y Gummerman (Eds.).
- Yellen, J.E.
1977 Archaeological Approaches to the Present: Models for Reconstructing the Past. Academic Press, Inc., New York.
- Webster, G.
1974 Practical Archaeology. 2nd ed. . London.
- Willey, G.R. y Ph. Phillips
1958 Method and Theory in American Archaeology. University of Chicago Press, Chicago.

ADDEMDUM

Al leer el artículo después de haberlo entregado a los editores, noté que faltaba la discusión de una de las nociones más curiosas que ha producido la "New Archaeology" en los últimos años: el concepto de non site (Thomas 1975). Y digo curiosa porque ¿qué cosa puede ser un "no-sitio arqueológico"? Pongámonos una plana en el pecho y admitamos que para un arqueólogo no bien precavido, el concepto de non-site puede resultar algo tan esotérico como el "día-de-no-cumpleaños" del sombrerero loco de Alicia en el País de las Maravillas.

Alguien podría pensar que, en ausencia de un concepto más apropiado, la intención de D.H.Thomas fue definir algo por lo que no es. Aparentemente, sin embargo, tuvo una mejor razón: los ítems culturales (the artifact, feature, individual piece of debitage, etc.), según nuestro autor, son como los huevos de pascua de la Semana Santa (sic), es decir, usualmente se les encuentra en canastos llamados "sitios". No obstante -alega Thomas- algunos de estos ítems no se hallan en sitios, del mismo modo que algunos huevos de pascua a veces no se encuentran en canastos... El punto en discusión es que los arqueólogos en una prospección no tienen por qué buscar siempre sitios: también pueden prospectar únicamente ítems culturales. De ahí que sugiera que, para algunos análisis, el concepto de sitio podría ser abandonado completamente. En investigaciones orientadas a los non-sites (como opuestas a aquellas orientadas a los sitios), Thomas (ibid.:62) propone que los ítems culturales podrían ser utilizados como la unidad operacional mínima de la arqueología. Sostiene que el tipo de distribución considerada como insignificante en muchas prospecciones, puede ser en la práctica de principal interés para algunos arqueólogos, particularmente para aquellos que trabajan con pueblos nómades, ya que las actividades de estos grupos a menudo no producen "sitios" en el sentido convencional de la palabra (ibid.: 81).

Esta proposición ha tenido un considerable eco entre los arqueólogos que han tratado últimamente los problemas metodológicos de la prospección y el muestreo en arqueología (vid. Plog et al. 1978; también Sullivan y Schiffer 1978), incluso he advertido algunas repercusiones más meridionales (e.g. Gallardo y Cornejo Ms.). Tengo la impresión, sin embargo, de que si uno toma en cuenta la definición de sitio que he propuesto y la discusión con que termina este trabajo, la propuesta de Thomas y su extravagante analogía huevos-ítems vs. canastos-sitios queda fuera de foco. En todo caso, entendemos que el autor no descarta el uso del concepto de sitio en ciertas investigaciones específicamente "orientadas a los sitios", lo cual significa que en el estudio del registro arqueológico podría discriminarse dos orientaciones diferentes y excluyentes entre sí. Si esto es así, no tenemos reparo alguno que hacer. El problema es que Thomas hace confuso su planteamiento, cuando al final de su trabajo dice que en Reese River no sólo prospectó "no-sitios", sino también "sitios", a los cuales localizó, registró y recolectó en la forma tradicional (ibid.:81). Luego, ¿en qué quedamos? ¿usamos una orientación o las dos a la vez?. Como no puedo extenderme mucho en esto, creo que de ser éste último el caso, basta con preguntar a Thomas ¿dónde termina un site y comienza un non-site?.

REFERENCIAS

Gallardo, F.A. y L.E. Cornejo

Ms "El diseño de la prospección arqueológica: un caso de estudio". Trabajo presentado al X Congreso de Arqueología Chilena, Arica, 1985.

Thomas, D.H.

1975 "Nonsite sampling in archaeology: up the creek without a site?". Sampling in Archaeology: 61-81. J.W.Mueller (Ed.). The University of Arizona Press, Tucson, Arizona.